

Cartas del Señor Dupont

* * *

PARIS, (28, nov). La carta, que puede llegar a ser una pieza literaria— la antigua preceptiva nos hablaba del género epistolar—, es en principio solamente un medio de comunicación humilde, una forma del lenguaje ordinario. Pero, así y todo, una carta es el documento más revelador de una personalidad, de sus secretos e intimidades. De ahí que una colección de autógrafos, en la que figuran misivas y billetes de gentes de toda clase y categoría, represente un inmenso tesoro de psicología. La que durante toda su existencia reunió el señor Alfred Dupont— músico y escritor—, a punto ahora de ser sacada a remate en el famoso Hotel Drouot, constituye un museo de extraordinario valor. Es como asomarse a la interioridad de cada ser humano revisar el texto de estas cartas cuyos autores escribieron sin pensar que algún día ellas serían hurgadas por los ojos curiosos de sus descendientes.

“Es necesario — ha escrito Jean Couvreur— entrar en el juego del coleccionista para comprender la clase de fascinación que han podido ejercer sobre él estas simples páginas de escritura. Es necesario amar, como él, el sorprender los secretos de una vida, de una sociedad o de una época, para encontrar una alegría tan aguda a este desnudarse de las almas, a este desembalaje curioso y punzante, de intimidades.” Y es cierto: la pasión que puede despertar tan singular “hobby” está explicada por algunos de los papeles que guarda el grueso album de Dupont.

He aquí una carta de Descartes, donde el famoso filósofo confiesa su fatigosa entrega a la preparación del “Discurso del Método”, y otra de Balzac a De Bernard, en la cual el gran novelista desconoce que la fuente de “La Piel de Zapa” esté en los “Cuentos fantásticos” de Hoffmann tal como alguien lo pretendía. Mientras la pluma de Descartes resume serenidad y sentido del rigor sistemático, la de Balzac segrega furor. Dos testimonios temperamentales, dos retratos psicológicos, de los muchos que contiene la carpeta que habrá de ser subastada el próximo mes.

Un comentarista de la colección se pregunta justamente cuál es el verdadero Apollinaire, el de “Caligramas” y “Alcoholes”, puntos de partida de la nueva poesía, de la nueva estética inconforme, o el de las cartas que aquí figuran. Del frente, en 1915, proviene ésta, plena de espíritu militar: “Aquí reina ahora gran entusiasmo... La moral es admirable... Me pregunto por qué Stendhal, a la vez tan lleno de talento y tan mediocre, emitió la idea, que tuvo éxito, de que el soldado no podía tener idea de la batalla. Este es loco y tonto a la vez...”

Hay aquí cartas que hablan de la eterna miseria del artista. Una de David, por ejemplo, en que demanda a Talleyrand, a quien llama “Mi Príncipe”, permiso para hacerle un retrato (“para pintar la cabeza de la figura que representáis”, dice), y otra de Delacroix, que destila una enorme amargura, pues confiesa que la más grande preocupación de su existencia “es tener para pagar la casa y comer mezquinamente”. Cuatro líneas bastan para dar una idea dramática de la vida de un hombre, y cuatro líneas también nos procuran una impresión patente de sus odiosidades y manías: Lucien Guitry contra Edmond Rostand o Gabriel Fauré contra Debussy, por ejemplo.

En fin, este es un largo film moral donde pueden apreciarse, a un tiempo, las confidencias de Proust, de Clemenceau, de Petain, de Gide, de Wagner, etc. Ellos, alguna vez, tomaron un papel y dijeron, como en voz baja, lo que sin cortesías ni prevenciones pensaban. Eran papeles destinados al canasto y, sin embargo, la historia los ha retenido como pruebas de cargo para su terrible juicio. Una lección se puede sacar: no escribamos como si la tinta fuera un sonido que el viento barre para siempre, porque no faltará un señor Dupont que, un día, ponga a la luz lo que creímos iba a dar a las más inmemoriales tinieblas.

Sebastián Salazar Bondy